



## X

### Qué clase de hombre era mi padre

ERA, ante todo, un hombre del pasado siglo; tenía un carácter á la vez caballeresco, emprendedor, atrevido, amable y muy amigo de aventuras, carácter casi indefinible, común á toda la juventud de nuestro siglo. Miraba con singular desprecio á los hombres de los actuales tiempos, mas su desprecio participaba á la vez de un orgullo innato y algo también y quizás mucho de un secreto despecho por no haber podido alcanzar en nuestro siglo ni la influencia ni los triunfos que él estaba seguro de haber podido lograr en el siglo anterior. Sus dos pasiones principales eran las cartas y las mujeres; durante su vida ganó en el juego algunos millones y tuvo amistad con un número incontable de mujeres de todas las clases.

Era de elevada estatura, de hermosa presencia, con un andar muy especial, pues caminaba siempre á pasos cortos, y tenía la costumbre de mover con mucha frecuencia los hombros; eran sus ojos pequeños, siempre sonrientes, larga la nariz y aguileña, irregulares los labios—que no se plegaban con gracia, pero sí agradablemente—tenía un defecto de pronunciación, ceceaba, y era calvo casi enteramente.

Tal era mi padre, en lo más antiguo que yo lo puedo recordar, y con tal figura se había labrado la reputación de hombre de mucha suerte, y no tan sólo esto, sino que había sabido hacerse agra-

dable á todos sin excepción, á los hombres de clase y de fortuna más diversas, y sobre todo á aquellos á quienes quería él especialmente agradar, con la circunstancia, además, de que sabía siempre mantenerse en situación superior á todos.

Sin haber pertenecido jamás al *gran mundo*, frecuentaba con asiduidad ese medio y supo hacerse agradable y amable á todos. Sabía con mucha habilidad mantenerse en ese grado exacto de orgullo y de presunción que, sin herir la susceptibilidad de los demás, levanta no poco á los hombres en la pública opinión. Sabía ser original á tiempo, pues no se servía de la originalidad sino cuando podía reemplazar con ella la instrucción ó la riqueza. Nada en el mundo parecía bastante para excitar su curiosidad; podía hallarse en la situación más brillante y encumbrada, siempre parecía haber nacido para ocuparla. Sabía tan hábilmente disimular á los demás y aún evitarse á sí mismo el aspecto más enojoso de la vida, llena siempre de pequeñas contrariedades y de pequeños disgustos para todo el mundo, que era imposible no tenerle envidia. Conocía perfectamente todo lo que puede procurar algún placer agradable ó alguna amena distracción, y usaba de ello con largueza. Su fuerte eran las brillantes relaciones que contraía, ya gracias al parentesco de mi madre, ya gracias á sus amigos de la juventud, á los cuales envidiaba, en el fondo de su alma, aunque procuraba no darlo á entender, por haber llegado á las más elevadas situaciones sociales, mientras que él no había podido pasar de teniente de la guardia, ya retirado. Como todos los antiguos militares, tampoco papá sabía vestirse á la moda, pero en cambio acertaba á vestirse con cierta originalidad y elegancia. Solía siempre llevar vestidos ligeros y holgados, con anchas mangas dobladas y cuello blanco... Por lo demás, su elevada estatura, su corpulencia, su testa calva y sus movimientos desembarazados hacían de él un hombre simpático y agradable. Era muy sensible y hasta lloraba fácilmente y con frecuencia, cuando leía en alta voz; al llegar á algún pasaje patético, su voz comenzaba á temblar, aparecían las traidoras lágrimas á sus ojos, y por puro despecho arrojaba el libro. Era amigo de la música y aún cantaba, acompañándose al piano, las romanzas de un amigo



suyo, algunas canciones tziganas y varios motivos de óperas muy conocidas; pero no era partidario de la música sabia, y sin preocuparse para nada de la opinión pública, decía que las sonatas de Beethoven le fastidiaban y que hasta le hacían dormir, y que para su gusto nada había tan hermoso como *Ne m' éveillez pas, jeune fille*, que cantaba Semeonova, ó bien *Pas seule* cantada por la tzigana Taniucha. Era uno de esos hombres que, para hacer una buena obra, necesitan ser vistos del público, y que hallan bueno únicamente aquello que el público dice también que es bueno. Dios solamente sabe si tenía en realidad alguna verdadera convicción propia respecto á moral! Se vió en su existencia atraído por tan diversas direcciones, que tal vez ni tiempo tuvo para formularla, y además sentíase tan contento de la vida que ni un solo momento le pareció que una moral cualquiera fuese necesaria.

Al envejecer, formáronse ciertamente en él opiniones fijas sobre las cosas y se formularon principios inmutables, pero tan sólo desde un punto de vista estrictamente práctico; creía buenos todos los actos y todas las maneras de vivir capaces de proporcionarle alegría ó placer, y creía que todos los demás habían de hacer lo mismo. Hablaba siempre con vivacidad extraordinaria, y este don aumentaba, paréceme á mí, la elasticidad de sus principios, y además era muy capaz de considerar un hecho mismo ya como la más graciosa de las ocurrencias ya como la más tremenda de las cobardías, hablando de ello en una ó en otra forma según el humor en que se hallara.

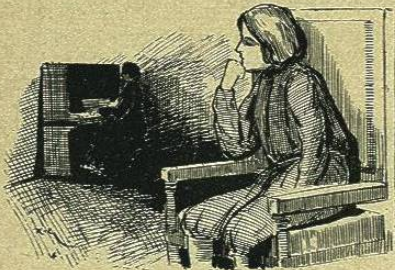


## XI

### Lo que se hacía en el gabinete y en el salón

CAÍA ya la tarde cuando llegamos á casa. Mamá se sentó al piano, y los pequeños buscamos papel, lápices, colores y nos sentamos todos entorno de la mesa pequeña, empezando á dibujar. Yo no disponía más que de color azul, pero me empeñé en dibujar una cacería. Cuando había dibujado ya, muy rápidamente, un niño azul, montado en un caballo azul y unos perros azules, no estuve seguro de que se pudiese dibujar también una liebre en azul y para ilustrarme sobre esto corrí al gabinete de papá. Papá estaba leyendo, y á mi pregunta: «Hay liebres azules?» contestó sin levantar los ojos: «Las hay, amigo!»—Volví á la mesa pequeña y dibujé una liebre azul; después me pareció mejor transformarla en un brezal, y así lo hice. El brezal tampoco me pareció bien después, y lo convertí en árbol, el árbol en pajar y el pajar en una hermosísima nube. Finalmente quedó mi papel tan lleno de color azul que, viendo que no podía salirme con la mía, lo rasgué y fui á repantigarme en el sillón... donde me quedé medio dormido mientras estaba mamá tocando el segundo concierto de Field, su maestro. Por mi imaginación fueron pasando una serie de vagos recuerdos, luminosos y transparentes. Empezó luego á tocar la sonata patética de Beethoven, y entonces vino á mi imaginación algo muy triste, muy penoso y sombrío. Mamá tocaba con fre-

cuencia esos dos fragmentos, y por eso recuerdo tan bien las sensaciones que despertaban en mí. Todas esas impresiones parecíanme recuerdos, pero recuerdos de qué?... Parece que recuerdo á veces cosas que no han existido jamás.



Precisamente enfrente de donde yo estaba venía la puerta del despacho de papá, y ví cómo entraban en él Iakov y algunos otros hombres, todos con barba y caftán, detrás de los cuales la puerta se cerró otra vez.

«Ah! van á comenzar los trabajos» pensé yo, bien seguro entonces de que no se podían cumplir en el mundo trabajos más importantes que aquellos que se hacían tras de aquella puerta. Lo que me confirmaba todavía más en esa idea era que cuantos entraban en el despacho de papá andaban con cierto recelo y hablando siempre bajo. A través de la puerta llegaban hasta mí la voz fuerte de papá y un singular olor á tabaco, el cual sin saber por qué, me atrajo siempre mucho. En mi ensueño, me sentí de pronto sorprendido por un rumor de zapatos bien conocido: Karl Ivanovitch, andando también de puntillas, y con el rostro muy sombrío, aunque resuelto, llevando unos papeles en la mano, se aproximó á la puerta y llamó quedamente. Se le hizo entrar y la puerta cerróse de nuevo.

«Con tal que no suceda alguna desgracia! pensé; Karl Ivanovitch está muy irritado, y es capaz de todo...»

Y nuevamente me dormí.

Sin embargo, ninguna desgracia se produjo; una hora después, el mismo ruido de los mismos zapatos me despertó otra vez. Karl Ivanovitch, enjugándose con un pañuelo las lágrimas que yo ví con mis propios ojos en sus mejillas, franqueó la puerta, y murmurando algo con voz entrecortada, subió muy despacio arriba. Detrás de él, salió papá del despacho y entró en el salón.

—Sabes lo que acabo de decidir?—dijo con alegre voz, mientras ponía una mano sobre el hombro de mamá.

—Qué, amigo mío?

—Me llevo á Karl Ivanovitch con los niños. Habrá sitio bastante en el coche. Además, los niños están muy hechos á su compañía, y él por su parte les tiene mucho afecto... Además, siete

cientos rublos anuales no son una gran cosa... En fin, que, en el fondo, es un excelente hombre.

Me fué imposible comprender por qué papá trataba en semejante forma á Karl Ivanovitch.

—Lo celebro mucho por los niños y por él mismo—dijo mamá,—es muy bueno.

—Si hubieses visto cómo se ha enternecido cuando le he dicho que podía guardar los 500 rublos á título de regalo... Pero lo más sorprendente y divertido es la nota que me ha traído; es preciso verlo—añadió sonriendo, mientras daba á mamá un papel escrito por la mano de Karl Ivanovitch,—es verdaderamente encantador!

La nota decía así:

»Para los niños, dos anzuelos—70 kopeks.

»Papel de color con cantos dorados, cola y mimbres, para regalos—6 rublos.

»Libro y arco, regalos para los niños—8 rublos, 16 kopeks.

»Pantalones para Nicolás—4 rublos.

»Reloj de oro, prometido por Piotr Alexandrovitch, en Moscou el día...—140 rublos.

»En total, Karl Mayer ha de recibir, además de sus honorarios, la suma de 159 rublos, 79 kopeks».

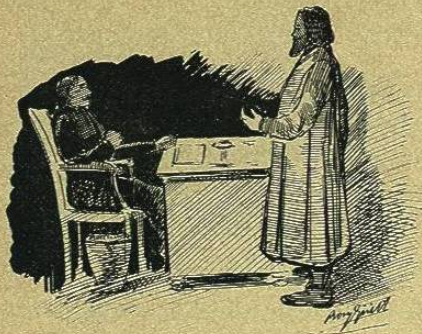
Al leer esta nota en virtud de la cual Karl Ivanovitch reclamaba el pago de todo el dinero gastado por él en regalos para niños, y hasta el importe de un regalo que se le había prometido, pensará todo el mundo que Karl Ivanovitch era un hombre sin corazón, interesado, egoísta, y todo el mundo se engañará.

Al entrar en el despacho, con sus papeles en la mano y su discurso en la cabeza, tenía sin duda la intención de exponer elocuentemente á papá todas las grandes injusticias que con él se habían cometido en casa; pero al comenzar á hablar, con aquella misma voz llena de ternura y con las mismas entonaciones sentimentales que acostumbraba á tomar para hacernos el dictado, su elocuencia obró con fuerza extraordinaria sobre sí mismo, de tal modo, que al llegar al pasaje en que decía: «Aunque siento inmensa tristeza al separarme de los niños...» se sintió desfallecer por dentro totalmente, se hizo temblona su voz y vióse obligado á sacar aquel gran pañuelo de cuadros.

—Sí, Piotr Alexandrovitch—dijo entonces á través de sus lágrimas, y sin que este pasaje formase parte del discurso que llevaba preparado:—estoy tan acostumbrado á los niños, que sin ellos ya no sabré qué hacer. Antes que abandonarlos, preferiría

serviros sin honorarios de ninguna clase...—y fué precisamente al pronunciar estas palabras cuando alargó á papá su nota.

Habló en aquel instante con toda sinceridad Karl Ivanovitch?



Puedo afirmar que sí, pues conozco sobradamente su buen corazón; pero, entonces, cómo conciliar su nota con sus palabras? Eso es todavía para mí un gran misterio.

—Si para vos sería triste, lo sería más aun para mí tener que separarnos — dijo papá, dándole algunos golpecitos en la espalda.—Lo he reflexionado mejor...

Un poco antes de la cena, entró Gricha en el salón; desde el punto en que pusiera los pies en casa, no había cesado de suspirar y de llorar, lo que, según opinión de los que tenían fe en su don de profecía, anunciaba una gran desgracia para nuestra casa.

Se despidió de todos é hizo saber que al día siguiente, muy de mañana, partiría para muy lejos. Dirigió á Volodia una mirada de inteligencia y salimos fuera del salón.

—Qué hay?

—Que si queremos ver las cadenas de Gricha, no hemos de hacer más que subir arriba ahora mismo; el peregrino duerme en el segundo cuarto, en el desván podemos sentarnos y desde allí lo veremos todo muy bien.

—Perfectamente, agúardame; voy á llamar también á las niñas.

Las muchachas acudieron enseguida y juntos nos lanzamos escalera arriba.

Después de una corta y silenciosa discusión, para ver quién entraría primero en el oscuro desván, nos sentamos cómo mejor pudimos y esperamos.



TOLSTOI.—LÁM. III.



## XII

### Gricha

LA oscuridad nos causaba á todos un miedo enorme, nos apretamos los unos contra los otros, sin decir nada; casi en aquel mismo momento, andando con gran lentitud, entró Gricha en su cuarto. En una mano llevaba el bastón, y en la otra una candela de sebo puesta en una palmatoria de cobre.

Nosotros nos estuvimos todos muy quietecitos, conteniendo hasta la respiración.

—Señor mío Jesús Cristo!... Santa madre y Señora nuestra! En el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...—iba diciendo el peregrino con gran esfuerzo, como si se ahogase y con entonaciones y abreviaciones muy singulares, aunque suelen ser comunes en los que con mucha frecuencia repiten esas palabras.

Sin dejar de orar, puso el bastón á un lado y echando una ojeada sobre el lecho empezó á desnudarse. Desabrochóse el viejo cinturón negro, y empezó á quitarse lentamente su caftán de *nankin*, roto por mil partes, lo dobló cuidadosamente y lo puso en el respaldo de una silla. El rostro del viejo no tenía en aquel momento su expresión ordinaria, como de hombre muy atareado é idiota, sino que al contrario, aparecía tranquilo, pensativo y hasta en cierto modo majestuoso. Sus movimientos eran lentos y sosegados.

Cuando estuvo en camisa, se sentó pausadamente en la cama, hizo la señal de la cruz en todas las partes de su cuerpo, no sin